

EL CONVIVIO

In angello cum libello.

(KEMPIS)

ENSAYOS Y FANTASIAS

POR

JULIO TORRI



IMPRENTA ALSINA

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

1918

...Escríbale Ud. de mi parte a Julio Torri, pidiéndole algo para EL CONVIVIO; verá Ud. que maravillas le envía.

ALFONSO REYES

(De una carta al Director de EL CONVIVIO).

En el número XX de LA REVISTA DE AMÉRICA, en un artículo titulado Nosotros, también dice Alfonso Reyes:

«Teatro no hay. Y el cuento se hace crítico, burlesco y extravagante... Como en Julio Torri, nuestro hermano el diablo, un poseído del demonio de la catástrofe que siente el anhelo del duende por apagar las luces en los salones y derribar la mesa en los festines:

un humorista de humorismo funesto, inhumano, un estilista castizo y un raro sujeto en lo personal. El ensayo, verdadera forma del pensamiento contemporáneo, es el arma más constante de los jóvenes mexicanos. El material mismo de su literatura se altera: su lengua se hace más rica y noble, se aleja con horror de los atropellos oratorios y de los adornos artificiales, yuxtapuestos».

A Circe

CIRCE, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

El maestro

...Royal Lear,
Whom I have ever honour'd as my king,
Lov'd as my father, as my master follow'd
As my great patron thought on in my prayers...

SHAKESPEARE

CON el crear, es el enseñar la actividad intelectual superior. Se trata, seguramente, de una forma más humilde que la otra, puesto que no realiza y prepara sólo a realizaciones ajenas. Pero implica, sin duda, la afirmación más enfática de la comunidad espiritual de la especie.

La facultad creadora florece rara y maravillosamente. Cuando el artista flaquea, entrega sus armas a sus her-

manos, en la más heroica de las acciones humanas.

Crear y enseñar son actividades en cierto sentido antitéticas. La parábola de Wilde, del varón que perdió el conocimiento de Dios y obtuvo en cambio el amor de Dios, tiene una exacta aplicación en arte.

Todos apetecemos oír el mensaje que trae nuestro amigo; pero éste olvidará las palabras sagradas, si se sienta a nuestra mesa, comparte nuestros juegos y se contamina de nuestra baja humanidad, en vez de recluirse en una alta torre de individualismo y extravagancia. En cambio de las voces misteriosas cuyo eco no recogió, ofrecerá a la especie un rudo sacrificio: la mariposa divina perderá sus alas, y el artista se tornará maestro de jóvenes.

El mal actor

de sus propias emociones

Y llegó a la montaña donde moraba el anciano. Sus pies estaban ensangrentados de los guijarros del camino, y empañado el fulgor de sus ojos por el desaliento y el cansancio.

—Señor, siete años ha que vine a pedirte consejo. Los varones de los más remotos países alababan tu santidad y tu sabiduría. Lleno de fe escuché tus palabras: —«Oye tu propio corazón, y el amor que tengas a tus hermanos no lo celes». Y desde entonces no encubrí mis pasiones a los hombres. Mi corazón fué para ellos

como guija en agua clara. Mas la gracia de Dios no descendió sobre mí. Las muestras de amor que hice a mis hermanos las tuvieron por fingimiento. Y he aquí que la soledad obscureció mi camino.

El ermitaño le besó tres veces en la frente; una leve sonrisa alumbró su semblante, y dijo:

—Encubre a tus hermanos el amor que les tengas y disimula tus pasiones ante los hombres, porque eres, hijo mío, un mal actor de tus propias emociones.

Del epígrafe

EL epígrafe se refiere pocas veces de manera clara y directa al texto que exorna; se justifica, pues, por la necesidad de expresar relaciones sutiles de las cosas. Es una liberación espiritual dentro de la fealdad y pobreza de las formas literarias oficiales, y deriva siempre de un impulso casi musical del alma. Tiene aire de familia con las alusiones más remotas y su naturaleza, es más ténue que la luz de las estrellas.

A veces no es signo de relaciones, ni siquiera lejanas y quebradizas, sino mera obra del capricho, relampagueo

dionisiaco, misteriosa comunicación inmediata con la realidad.

El epígrafe es como una lejana nota consonante de nuestra emoción. Algo vibra, como la cuerda de un clavicordio a nuestra voz, en el tiempo pasado.

En elogio del espíritu de contradicción

A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

CONFIESSO que el espíritu de contradicción no me irrita al punto y medida que al común de los hombres.

Si una persona nos contradice siempre es porque existe en ella una oculta aversión hacia nosotros, una de esas *simpatías imperfectas* que tan clara y sutilmente señaló el ensayista Lamb.

Quien no experimente la tiranía de un insensato deseo de tener en todo razón, que reconozca conmigo los derechos y fueros del contradictor siste-

mático. Estriban en la ventaja y superioridad que tiene lo que se edifica sobre lo puramente instintivo a lo que se pone sobre el fundamento de lo racional. Porque antes de *admitir* las argumentaciones ajenas debemos *admitir* nuestras propias afectaciones, las secretas inclinaciones de nuestro ánimo, que están más cerca de nosotros que todo lo que construya nuestra razón, ya que ellas son nuestra propia esencia. Creo, finalmente, que la antipatía instintiva que supone el espíritu de contradicción debe ser tan respetable a nuestros ojos como los mejores argumentos y las razones de más subidos quilates, por lo menos.

El que a todo se opone es un hombre orgulloso que no quiere abajarse a reconocer que la verdad de los demás es también su verdad. Y todo acto de individualismo, por feroz que parezca

o sea, nos debe ser acepto en los tiempos post-nietzscheanos en que tenemos la ventura de vivir.

El menosprecio con que suele mirarse a los que contradicen siempre y al espíritu de contradicción mismo—como si éste pudiera existir en abstracto y no con consideración a determinadas personas—proviene de que se les mira desde el punto de vista de la sociabilidad, punto de vista mezquino y despreciable.

—Con una persona que todo lo limita con *peros* y *sin embargos*, y que ninguna verdad, por palmaria que sea, admite, como no salga de sus propios labios, no se puede conversar largo rato.

En estos o parecidos términos oímos expresarse a menudo a nuestros amigos.

De cierto, si la sociabilidad des-

cendiera del Olimpo donde moran las ideas puras, y viniera a pedirnos cuentas, en mayor apuro se vería el contradicho que el contradicente. El trato se vuelve difícil y escabroso, no por culpa de este último—que lo quiere establecer sobre la más pura sinceridad—sino a causa del primero que procura asentarlo en el movedizo terreno de la complacencia y de las concesiones mútuas y no sobre la base de verdad en que debe ponerse todo trato entre hombres.

Además, si no soportamos vernos contradichos y nuestro humor se enturbia con una oposición constante a lo que decimos, es porque estamos lejos de ser los perfectos espectadores de la vida que nos hemos complacido en imaginar. Una simple obstinación de los demás, la más leve terquedad ajena, nos sacan de quicio, y nuestra

calma y la serenidad cuasi-goetheana que presumimos tener, desaparecen como por arte de encantamiento. A causa de nuestra vivacidad de humor se nos escapa de entre las manos la ocasión de gustar espectáculos interesantes. Nos aferramos en defender una proposición a cambio del trato de gentes que contradicen siempre, es decir, perdemos monedas de oro para ganarlas de metales viles.

*
* * *

La contradicción continua es efecto de la antipatía instintiva. Ahora bien, el mundo, *nuestro* mundo, se compone de gentes que nos tienen una suave inclinación, por virtud de la cual están bien dispuestas para nosotros. Y esa tibia simpatía en que vivimos falsea el concepto que nos vamos for-

mando de la vida a medida que la vamos viviendo. Existe una suerte de contrato social tácito en fuerza del cual nos toleramos, nos engañamos y nos aburrimos mutuamente. Por desgracia, en nuestra época es más difícil inspirar una aversión confortativa que ganar media docena de amigos. Sin que haya de nuestra parte la más leve intención, contraemos los más estrechos vínculos con quienes caminan cerca de nosotros. Llegamos al matrimonio sin haber sido apenas consultados. Y muchos nos conceden a la ligera y gratuitamente el título de *sus* mejores amigos, título que por cierto nos impone los más insuaves deberes. Por ejemplo, si se muere gloriosamente en la horca, toca al «mejor amigo» recoger las últimas frases y pagar las cuentas póstumas. Y es también el «mejor amigo» quien

pronuncia la oración fúnebre, y como sabéis, nada influye tan directamente en la reputación definitiva como unas exequias lucidas.

¿Cómo, pues, no hemos de regocijarnos cuando damos en nuestra senda con un hombre honrado que contradice a todo propósito?

La paradoja, a cuyo ruido de cascabeles empiezan a acostumbrarse nuestros oídos, es la traza más segura para descubrir contradictores. Lanzad cualquiera de las paradojas más usadas y veréis una legión de hombres indignados que os enseñan los dientes y amenazan con los puños. Proseguid en el tono más inocente elogiando las peores cosas y rebajando las más respetables. Al fin habréis conseguido suscitar una antipatía verdadera.

Apartaos entonces con vuestro hombre, porque la gente, en su amabi-

lidad oficiosa, podría disponerlo en favor vuestro. Después platicad con él de lo que os plazca: contad de antemano con su oposición firme y bien intencionada. Comenzaréis desde luego a pensar de nuevo todos vuestros problemas, a reconstruir vuestra verdad, y a rectificaros vosotros mismos. La excitación exterior a la duda cartesiana, a prescindir en cualquier momento de todo cuanto se sabe y se ha adquirido, es, en efecto, el inestimable beneficio que nos procura el espíritu de contradicción.

Para mal nuestro, es difícil sostenerlo por largo tiempo en nuestro interlocutor. Aun en punto de intereses pecuniarios se acaba tarde o temprano por ponerse de acuerdo. Nuestro planeta fué hecho para quienes asienten, conceden y toleran. Los que contradicen no son de este mundo.

Y cuando las gentes están conformes absolutamente en todas las cuestiones discutibles y opinables con el resto del mundo civilizado y por civilizar, emplean sus esfuerzos en avenir a Moisés con Hammurabi, a los modernos con los griegos, a Netzahualcoyotl con Horacio. Este devaneo de querer concordarlo todo a través del tiempo y del espacio prevalece en la crítica literaria del día, en cuyo reino todo es influencia.

De funerales

HOY asistí al entierro de un amigo mío. Me divertí poco, pues el panegirista estuvo muy torpe. Hasta parecía emocionado. Es inquietante el rumbo que lleva la oratoria fúnebre. En nuestros días se adereza un panegírico con lugares comunes sobre la muerte y ¡cosa increíble y absurda! con alabanzas para el difunto. El orador es casi siempre el mejor amigo del muerto, es decir, un sujeto compungido y tembloroso que nos mueve a risa con sus expansiones sinceras y sus afectos incomprensibles. Lo menos importante en un funeral es el pobre

diablo que va en el ataúd. Y mientras las gentes no acepten estas ideas, continuaremos yendo a los entierros con tan pocas probabilidades de divertirnos como a un teatro.

Beati qui perdunt...!

Ssyl'conortan, non lo sanan al doliente los joglares.

(ARCIPRESTE DE HITA)

LAS cosas que vemos siempre, llegan a ser para nosotros una obsesión, una pesadilla. Afean nuestra vida, sin que nos demos cuenta de ello. Nuestro espíritu vive sólo dentro de la variedad infinita. Lo que lo fija en alguna impresión que se repite, lo daña gravemente. Viajar sin cesar, he aquí lo que quiere la parte más ágil de nuestra alma.

Renuncio a interpretar el instinto de conservación en los animales; pero en los hombres lo atribuyo a un sentimiento profundo de curiosidad.

Nos interesamos en el vivir como por el desarrollo de una novela; novela singular en la que el protagonista y el lector son una misma persona; novela que leemos a veces de mala gana, y cuya narración se anima muy de tarde en tarde.

Si nos mueve únicamente un interés estético, sentiremos acabar el libro de nuestros días sin haber hallado en él algo importante; y si nos sobreviene un desastre, si fracasamos, una estrecha lógica de novelista impondrá el suicidio.

¿Qué será de nosotros dentro de veinte años? ¿Con quién nos casaremos? Cualquier mudanza en el cuadro gris de nuestra existencia nos produce un goce intenso. Se trata de algo que ha dado inesperadamente interés a la novela de cuya lectura no podemos escapar.

Todos somos un hombre que vive y un hombre que mira; y cuando nuestra existencia corre acompasada por el cauce de una larga condena o de un matrimonio feliz, el espectador se aburre y piensa en abandonar la sala por la puerta del suicidio.

En los indolentes y que no gustan de la acción, el espectador es un melancólico personaje, ennoblecido por un aire perenne de destierro; en todos nosotros prueba ser de humor versátil y lleno de inhumanidad. Su carencia de sentimientos morales es en verdad irritante; y nadie sino él califica de magníficos un incendio y un descarriamiento, y de despreciable un percance de ciclista. La urgencia con que reclama nuevas diversiones y la insensibilidad para el dolor ajeno son sus cualidades distintivas. Es difícil de contentar y su desabrimiento parece

provenir de haber encarnado en un cuerpo lleno de pesadez y sujeto a las leyes de la materia.

El actor es siempre esclavo del espectador y en los hombres extravagantes esta esclavitud se vuelve tiránica. Representa el actor en nosotros la pequeña sabiduría y le mueven exclusivamente bajos intereses: sólo entiende de ganar la vida, de evitar el dolor, de amar la comodidad, de seguir la línea de menor resistencia. Cuando perdemos un libro, los guantes, el reloj, se lamenta amargamente. El espectador, al revés, piensa ante toda pérdida en variar el mobiliario, en renovar la biblioteca, en hacer nuevas compras. Para él perder es como abrir una ventana a las sorpresas.

¡Tener inesperadamente ocasión de ir de compras! He aquí el ejercicio de nuestra libertad que más sutiles

goces nos proporciona! Las mujeres —de sensibilidad menos enervada que nosotros— tienen sobre esta materia opiniones muy exactas. Interrogaréis siempre con provecho a vuestras hermanas, a vuestra esposa, a vuestras hijas, acerca de la deleitosa ocupación de comprar, especialmente cosas inútiles.

Son las señoras también a quienes más frecuentes pérdidas de objetos ocurren; y algún suspicaz barruntará que no todo es consecuencia de la mala memoria o del adverso azar, sino que tiene parte la consideración de nuevas compras.

A veces apetecemos perder algún utensilio o prenda, maltratados del uso, para tener oportunidad de substituirlos con otros flamantes. Y con todo, no nos resolvemos a perderlos voluntariamente, sino que esperamos de la casualidad un signo aprobatorio

para nuestro deseo. Así es de rica en matices la facultad de querer.

Y cuando oímos que alguien se queja de carecer de trajes nuevos o de poseer una edición incompleta de cualquier autor—siguiendo una provechosa costumbre del delicioso Sterne—*traducimos* mentalmente así estas quejellas:

—Lo que anhelas es ir de sastrería en sastrería y por las tiendas de libros a escuchar plácidas disertaciones sobre las propiedades de las telas, o a acrecentar indefinidamente tus conocimientos en bibliografía. A la postre adquirirás nuevos trajes o una preciosa colección de obras completas que envejecerán pronto y se convertirán entonces en instrumentos de delicadas torturas psicológicas.

¡Si los ladrones fueran más razonables y menos petulantes...!

*
* *

Para quienes reducen la moral a una simple cuestión de buen gusto («estética de las costumbres», la llamó Fouillée), nuestra vida es una obra de arte que trabajamos incesantemente. Los que se guían por los preceptos de una moral de abstenciones obran arte académico. Los que carecen de principio ético alguno, y viven en las mayores contradicciones y alternativas, son artistas románticos. Goethe hizo con su vida un mármol antiguo, la estatua de Zeus el padre de los dioses.

Sensibles a la belleza de toda acción o actitud—descubren elegancias inauditas en el acto de renunciar, en abandonar toda disposición de defensa o lucha. Entonces las pérdidas irre-

parables arrebatan el ánimo; su influjo, el aura de insólita idealidad que prestan por breve tiempo, hacen que las gentes distinguidas pongan grande estudio en alcanzarlas.

Su rareza (ya que sólo disfrutamos de escaso número de personas y cosas irremplazables) las dota de singular atractivo.

Es difícil conocerlas: a un hombre cuya mujer ha muerto, le oímos decir que ha tenido una pérdida irreparable; y sin embargo, pronto contrae nuevo casamiento. Alguien se empobrece rápidamente: se empeña en convencer a todos que no ha perdido nada y muestra una alegría demasiado ruidosa; ha perdido, con todo, algo irreparable.

El rústico a quien hurtan su asno; el bibliófilo a quien despojan de su incunable; el académico en cuyas

obras aparece inesperadamente un solecismo; el galanteador de profesión, atrapado en las redes femeninas y conducido a la vicaría; el corsario byroniano que acepta una cátedra de geografía en alguna universidad norteamericana, pierden algo irreparable. No seré yo quien forme la lista de estas pérdidas, catálogo de las flaquezas humanas, de las mil formas de ese extraño espejismo - de esa rebelde falacia en que consiste la voluntad de poseer.

Quede tan laboriosa empresa para algún ingenio español, del temple de aquel del Renacimiento, que escribió «La Primera Parte de las Diferencias de Libros que hay en el Universo».

No intento tampoco señalar la naturaleza de lo bello; nunca he osado llegar en mis divagaciones hasta el recinto de las ideas puras; sólo quiero

referirme aquí a que lo irreparable decora extrañamente la vida. Vivimos plenamente—con todo nuestro espíritu ese momento en que nuestra nave toma nuevo rumbo. Como el viejo Kent,

He'll shape his old course in a country new.

Se sufre con las pérdidas de este carácter como una transfiguración: de súbito se borra hasta la sombra de nuestras últimas flaquezas; y se experimenta ante los propios ojos como una purificación total del ser. Se fortifica y aguza extraordinariamente el sentido de nuestro decoro de hombres, y aun a los más viles descende una luz de perfección que los transfigura e idealiza.

Todos tenemos asentado nuestro bienestar en pocas cosas: dinero, po-

sición social, etc. Cualquiera de estas pérdidas es irreparable. Cada individuo tiene sus bienes insustituibles: uno, sus amigos; otro, su reputación literaria, el irresistible «cher maitre» que le prodigan en todas partes; una solterona, su loro; los viejos, sus costumbres; Peter Schlemihl, su sombra.

Quien no pierde en las mayores desgracias su ecuanimidad, la atormentada curiosidad por su propia vida, es realmente un hombre superior. El interés estético por nuestros sucesos decora las más altas cumbres del esfuerzo. Sólo la conservación en nosotros del «hombre que mira» cuando se consuma el aniquilamiento del «hombre que obra» indica que estamos por encima de nuestra ruina, que no hemos perdido el equilibrio interior. Fracasad en absoluto; perdedlo todo de una vez; y os sentirés de modo

imprevisto más fuertes que nunca. Nuestra especie tiene inagotables reservas de heroísmo: donde nos parece que se acaba la resistencia humana hallamos nuevas fuerzas.

Mirad la grandeza trágica de los héroes que perdieron su salvación eterna. Don Juan descende a los infiernos; el llanto penetrante de sus víctimas se eleva hacia los cielos sombríos. Elvira, casta y endeble, reclama una última sonrisa.

Tout droit dans son armure, un grand homme de
Se tenait a la barre et coupait le flot noir; [pierre
Mais le calme héros, courbé sur sa rapiere,
Regardait sur le sillage et ne daignait rien voir.

El caballero Tannhauser que quería ver maravillas, y que fué el último mortal que amaron las diosas, vuelve de Roma, donde el Papa Urbano—con un extremado celo por el bien de las almas—le condenó al dolor eterno.

Pensando en los ojos de Dama Venus, en los que fulgura el fuego del infierno, se encamina al Venusberg. Después se despide de Nuestra Señora, y sublimado por el prestigio de su pérdida eterna, penetra en la montaña.

Wagner se apiadó de Tannhauser y le hizo subir al paraíso; y Bernard Shaw pone a don Juan en un infierno sin torturas. El poeta popular alemán del siglo XVI y el donoso mercenario español fueron menos complacientes con sus héroes y mostraron saber de los milagrosos efectos estéticos que obran las pérdidas irreparables.

*
* *

Las mujeres prefieren al amante que puede perderse. Rara vez aman al compañero de juegos de la infancia,

al amigo de la familia, al hombre que no corre peligro de irse. Si se desposan con él, antes fracasaron con el intento de ganar, de conquistar, de *detener* un enamorado.

La actitud de indiferencia—de no estar dispuesto a hacer algo por ser conservado—es intolerable, irritante para las mujeres.

En la terrible complicación del mundo somos unidos y desunidos al azar; y si nada ostensible hacemos por no alejarnos de la amada, ésta toma la iniciativa. La mujer posee una aguda percepción de la belleza que reside en el abandono a la fatal corriente de las cosas.

*
* *

El perder amigos no carece por cierto de alicientes.

En la amistad hay por lo común dos períodos. En los primeros meses, la conversación es veneno de gratísimos entretenimientos. Cada vez se descubre nuevas conformidades de pensamiento y se establece una corriente de secretas afinidades. Las experiencias del uno son nuevas para el otro, y la curiosidad de ambos encuentra apacible regalo en las confidencias mútuas.

Pero llega un día en que nuestro amigo no nos guarda ya sorpresas. Tenemos una clarísima visión de su vida, y nos parece como si la hubiéramos incorporado a la nuestra. Dónde nos hallamos, está él presente en espíritu; y en su ausencia tenemos mil pensamientos que seguramente le hubieran ocurrido, a estar al lado nuestro. La amistad deja de ser en este punto fuente de pasatiempo y

risas y se torna en cosa más duradera y firme. Nuestro amigo se ha convertido en algo familiar y molesto, de que no podremos ya prescindir. Perderlo en esta época es perder irremediablemente y para tal aflicción las alquitaras de la ideología no destilan bálsamo eficaz.

Pero podemos soportar con demasiada resignación la pérdida de otra suerte de amigos, y aun sentir como un alivio, como un descanso. Los hay que nos entretienen, nos divierten, pero que no llegamos a amar. Y el día que desaparecen, lo lamentamos públicamente, acaso creamos nosotros mismos echarlos de menos; pero en verdad, experimentamos una satisfacción profunda.

Y es que la sociabilidad exige también sus sacrificios. Cada persona que tratamos promueve en nosotros

una especial actitud de espíritu: sólo de reducido número de asuntos sin importancia puede departirse, por ejemplo, sin descender del terreno de las concesiones mútuas y la cortesía excesiva de los insociables. Delante de ciertos sujetos no nos mostramos plenamente; son una limitación al libre desenvolvimiento de nuestro ser.

Y ya que hemos descendido insensiblemente al terreno de las confesiones indebidas, reconozcamos valientemente que existe más de un individuo—para cada uno de nosotros—cuya esquela de defunción recibiríamos sin el menor asomo de pena.

El ensayo corto

EL ensayo corto ahuyenta de nosotros la tentación de agotar el tema, de decirlo desatentadamente todo de una vez. Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de perfección lógica. El afán sistematizador ha perdido todo crédito en nuestros días, y fuera tan ocioso embestirle aquí ahora, como decir mal de la hoguera en una asamblea de brujas.

No es el ensayo corto, sin duda alguna, la más adecuada expresión literaria ni aun para los pensamientos sin importancia y las ideas de más

poca monta. Su leve contenido de apreciaciones fugaces — en que no debemos detener largo tiempo la atención so pena de dañar su delicada fragancia — tiene más apropiada cabida en el cuerpo de una novela o tratado; de la misma manera que un rico sillón español del siglo XVI estaría mejor, sin disputa, en una sala amueblada al desolado gusto de la época, que en el saloncito *bric-à-brac* en que departimos de la última comedia de Shaw, mientras fumamos cigarrillos y bebemos *whisky and soda*. A pesar de todo, el *bric-à-brac* hace vacilar aun a las cabezas más firmes.

Es el ensayo corto la expresión cabal, aunque ligera, de una idea. Su carácter propio procede del dón de evocación que comparte con las cosas esbozadas y sin desarrollo. Mientras menos acentuada sea la pauta que se

impone a la corriente loca de nuestros pensamientos, más rica y de más vivos colores será la visión que urdan nuestras facultades imaginativas.

El horror por las explicaciones y las amplificaciones me parece la más preciosa de las virtudes literarias. Prefiero el enfatismo de las quintas esencias al aserrín insustancial con que se empaquetan usualmente los delicados vasos y las ánforas.

El desarrollo supone la intención de llegar a las multitudes. Es como un puente entre las imprecisas meditaciones de un solitario y la torpeza intelectual de un filisteo. Abomino de los puentes y me parece, con Kenneth Grahame, que «fueron hechos para gentes apocadas, con propósitos y vocaciones que imponen el renunciamiento a muchos de los mayores placeres de la vida». Prefiero los saltos

audaces y las cabriolas que enloquecen de contento, en los circos, al ingenuo público del domingo. Os confieso que el circo es mi diversión favorita.



... al moro Búcar y a aquel noble marqués de Mantua, teníalos por de su linaje.

POR el angosto callejón de la Condesa, dos carrozas se han encontrado. Ninguna retrocede para que pase la otra.

—¡Paso al noble señor don Juan de Padilla y Guzmán, Marqués de Santa Fe de Guardiola, Oidor de la Real Audiencia de México!

—¡Paso a don Agustín de Echeverz y Subiza, Marqués de la Villa de San Miguel de Aguayo, cuyos antepasados guerrearon por su Majestad Cesárea en Hungría, Transilvania y Perpiñán!

—¡Por bisabuelo me lo hube a don Manuel Ponce de León, el que sacó de la leonera el guante de doña Ana!

—¡Mi tatarabuelo Garcilaso de la Vega, rescató el Ave María del moro que la llevaba atada a la cola de su bridón!

Tres días con sus noches se suceden, y aún están allí los linajudos magnates, sin que ninguno ceda el paso al otro. Al cabo de estos tres días,—y para que no sufrieran mancilla ninguno de ambos linajes,—mandó el Virrey que retrocedieran las carrozas al mismo tiempo, y la una volvióse hacia San Andrés, y la otra fuese por la calle del Puente de San Francisco.

El raptor

AMIGOS míos, ayudadme a robar una novia que tengo en el Real de Pozos. Tendremos que sacarla de su casa a viva fuerza. Por eso os pido ayuda, que si ella tuviera voluntad en seguirme... Iremos al galope de nuestros caballos por el camino real, en medio de la noche como almas en pena. Os pagaré con esplendidez. Os daré caballos, rifles, sillas de montar labradas con plata y oro. ¿Por qué vaciláis? ¿Para cuándo son los amigos? Estoy enamorado locamente de ella. Apenas sé si no desvarío. Tiene los ojos llenos de asombro, sus senos pal-

pitantes perderían a cualquier santo. Cuando me ve se echa a temblar y si no fuera porque la amenazo con matarla si no me espera en la ventana a la noche siguiente, jamás la volvería a ver. Al hablarle se me enronquece la voz, y a ella le entra tanto miedo que no atina a decirme sino que me vaya y que la deje; que no me ha hecho mal ninguno; que lo haga por la Virgen Santísima... Sé bien que no me quiere; pero ¿qué importa? Ya me irá perdiendo el temor. Por ella me dejaría fusilar. Ayudadme, mis amigos. Tened compasión de un hombre enamorado, y mañana haced de mí lo que gustéis. Os obedeceré como un perro. Y si algo os pasa por ayudarme, la Sierra Madre no está lejos, y mi cinturón de cuero se halla repleto de oro.

El abuelo

EL abuelo, — un viejecito de lustrosa y roja tez, ojos azules y barbas de plata, que quiere a toda costa ser amigo nuestro, — preside la cena de innumerables nietos y nietas, y amigos y amigas. (Una vieja familia que tuvo antepasados en Trafalgar).

Hablamos de Darío y Lugones y él cita a don Antonio de Solís y a Moratín; de *tennis* y de *flirt* y él desentierra sus lozanas mocedades de hijo de gobernador, en no sé qué ciudad de provincia, allá por el año de treinta.

En el comedor resuenan las risas

y los gritos alegres. Todos hablamos en voz alta. Las gentiles primas sonríen llenas de benevolencia, dicen propósitos agudos, o amenazan con dengues y melindres al atrevido que respondió certeramente.

Alguien pide un cuento al viejecito. Todos aplauden y prestan atención. Y las caras se encienden por el rubor o la malicia, porque nuestro olvidadizo abuelo nos relata plácidamente un cuento picaresco de antaño, en el que todas las cosas son llamadas por sus nombres, a la sana usanza antigua.

Dieja estampa

Dos criados abren presurosos, a la curiosidad de los desocupados, las pesadas hojas de la puerta, cuyos tableros de cedro ostentan en rica obra de talla—las armas de los Castillas, de los Mendozas, de los Altamiranos de Velasco.

Tirada por piafantes brutos, sale la carroza, con muelles sacudimientos, de la penumbra del zaguán al deslumbramiento de la calle.

El Conde de Santiago de Calimaya se encamina al Palacio del Virrey. Han llegado pliegos de la Metrópoli que tratan de asuntos graves. La Real

Audiencia y el Arzobispo tienen en la Corte poderosos valedores.

Y mientras pasa la carroza rebotando por el empedrado de la calle de Flamencos, los indios se descubren, los criollos se detienen curiosos.

Indiferente a todos, tras los cristales, el señor conde toma rapé de una caja de oro, con sus dedos descarnados y temblorosos.

Índice

	<u>PÁGS.</u>
A CIRCE.....	7
EL MAESTRO.....	8
EL MAL, ACTOR DE SUS PROPIAS EMOCIONES.	10
DEL EPÍGRAFE.....	12
EN ELOGIO DEL ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN	14
DE FUNERALES.....	23
BEATI QUI PERDUNT!.....	25
EL ENSAYO CORTO.....	42
FANTASIAS MEXICANAS:	
* *.....	46
EL RAPTOR.....	48
EL ABUELO.....	50
VIEJA ESTAMPA.....	52